

potente que nunca, pues mientras Rayón era inexpugnable en Zitácuaro donde habría de organizar un centro de gobierno nacional, Morelos en el Sur realizaba portentosa serie de triunfos.

Furioso el Virrey por el desastre de las columnas que intentaron tomar Zitácuaro, ordenó al triunfante Calleja que, reuniendo lo mejor de las tropas del Centro, provisto de abundantes municiones, gruesa artillería y material de sitio, atacara la rebelde villa donde Rayón desafiaba al Gobierno virreinal, estableciendo una *Junta* de Gobierno insurgente.

Calleja, aleccionado por la derrota de Emparan, acopió numerosos elementos y tropas, y secundado por jefes inteligentes y bravos, tras una marcha también penosísima, logró llegar ante Zitácuaro, la que asaltó vigorosamente, despedazándola con su artillería para incendiarla luego, arrasándola al grado de hacer pasar el arado sobre su asiento, empapado en la sangre de sus pacíficos habitantes, pues á nadie exceptuó su crueldad.

También los pueblos de los alrededores fueron incendiados y derruidos, teniendo que huir los infelices que los habitaban, hambrientos y miserables, por las sierras, perseguidos por las lanzas de los realistas que quisieron borrar de la Nueva España todo lo que recordara Zitácuaro...

¡ Vano intento!.... La heroica villa renacería de sus cenizas para ser de nuevo, cincuenta años después, épico baluarte de la libertad.



IX

LAS GUERRILLAS DEL INTERIOR

(1811)

Imponente espectáculo presentan en el interior de la Nueva España, durante el año de 1811, las múltiples insurrecciones que, siguiendo el numen libertador, van clamando —¡ Independencia!...

Después de las últimas derrotas de los primeros caudillos, y tras su muerte en el Norte lejano y desierto, al desparramarse los grupos y las partidas, sin jefes ni armas, sin disciplina ni objeto, van á sostener la gran causa entre las abruptas serranías donde pueden reponer el ánimo y prevenirlo para nuevas y más felices contiendas.

Era grandísima la extensión en que hubieron de dispersarse las hordas... Y unos por el Oriente, rico y pródigo con su vegetación exuberante, otros hacia el Norte por las ásperas cuestas de la Sierra de Guanajuato, mientras en el ancho Bajío galopaban las audaces guerrillas, desafiando las retaguardias realistas, todos los que anhelaron muerte ó triunfo, hostigaron con brío á

las columnas virreinales maltratándolas y quitándoles sus convoyes.

¡Épico panorama!... complicadísima red, inextricable, enorme, extensa, erizada de nudos trágicos que eran centros de operaciones amenazadoras sobre los insurgentes, á veces, cuando no contra los realistas en otras circunstancias; red en que iban y venían, marchaban y contramarchaban, fingían detenciones ó retrocesos, acampaban en los montes ó en las llanuras, revoloteaban ó por fin escapaban en las noches para caer en las madrugadas, en furiosos albazos, sobre los pueblos desguarnecidos ó abandonados... ¡Terrible campaña de pequeñas guerrillas... de hombres que se cazan entre los bosques y los cerros y se hostilizan en barrancos y encrucijadas... de jinetes que se encuentran de súbito y combaten á machetazos, lanzando en alaridos cada campeón, como en los antiguos tiempos históricos, sus frases de guerra, arrollándose entre el polvo y el humo de la pólvora!...

En el inmenso cuadro que nos presentan los territorios que ahora forman Jalisco, Guanajuato, Zacatecas, Aguascalientes, Michoacán y los Estados de México, Veracruz, Querétaro, Tlaxcala é Hidalgo, hierven sangrientos hálitos de insurrección contra los centros de las tropas realistas, impotentes para dar caza á tan pequeños, pero ligerísimos é inúmeros dispersos enemigos.

Estos se creen vencedores en toda su línea: Calleja, el más hábil táctico y estratégico de los suyos, después de sus triunfos sobre los desbandados insurgentes, se establece en Guanajuato, ordenando á sus subalternos que pacifiquen á sangre y fuego todas las regiones que den abrigo á los rebeldes; el Brigadier José de la Cruz,

en Guadalajara, robustecido con nuevas y bien abastecidas fuerzas regulares, ordena la devastación de todas las poblaciones por donde pasaran los insurgentes... *No perdonar á nadie, guerra de terror y muerte, que sepan todos que no hemos de dejar con vida á ningún perverso de la tierra.*

Así decía á Porlier, coronel realista tan sanguinario como su jefe Cruz, cuyos nombres eran símbolo de refinada crueldad.

En Valladolid era el déspota militar y civil, Trujillo, el mismo derrotado de las Cruces, quien á su vez diseminaba sus fuerzas para perseguir las infinitas guerrillas insurgentes que llegaban á amenazar á su misma ciudad.

Maravilla presenciar cómo al mismo tiempo, con simultaneidad asombrosa, surgen como por encanto tantas partidas guerreras, tantas bravías secciones de audaces; y cómo también milagrosamente aparecen por aquí y por allá nubes de jefes, indómitos unos, otros astutos, todos dispuestos á morir peleando, cada cual según su táctica ó su terreno, anhelando el combate en cualquier forma, momentáneo y decisivo, cuerpo á cuerpo, ó largo y capcioso en campaña de escaramuzas, acechos y sorpresas.

De las llanuras del Bajío, de las laderas del Norte, de las boscosas serranías del Oriente y de entre las tórridas barrancas surianas brotan guerrilleros como por un conjuro épico, como llamados por los clarines de la gloria!

En los lugares poblados, ricos, estratégicos, — ejes y centros de las operaciones de los realistas, — hubo eterna desazón, mientras aquellas guerrillas amagaban, revoloteando ya dispersas, ya en imponentes reuniones.

Calleja, en Guanajuato, combina, proyecta, ejecuta y corta por medio de sus tenientes, á las guerrillas que pueden alcanzar... Las aniquila; pero luego renacen más fuertes que antes.

Una de las más temibles, la que asoló el Bajío y el Valle de Santiago y las cercanías de Salvatierra, teniendo constantemente en jaque poblaciones importantes, llegando á amenazar hasta la misma Guanajuato y Valladolid, era la de Albino García, hombre de campo, indómito charro que aceptó una existencia de perpetuos combates, resistiendo ó acometiendo á los realistas.

No era Albino un general estratégico, docto y tranquilamente dispuesto á las combinaciones de toda una campaña... sin ninguna instrucción militar, sin las nociones más rudimentarias del arte de la guerra, sin conocimientos acerca de organización, ordenanza y estrategia, él, intrépido guerrillero, indómito hijo de los campos del Bajío, es por su valor y por el tino de sus embestidas, resistencias y emboscadas, siempre á caballo, siempre esgrimiendo reata y lanza, incansable, casi invulnerable; es el tipo clásico del guerrillero mexicano... del guerrillero del Interior, del charro del Bajío, domador de potros brutos, diestro en manejar la reata como una arma, y sin rival en esgrimir el machete hasta teñirlo en sangre como por vía de entretenimiento.

Sin conocer absolutamente los términos que sus jefes principales emplearan para prescribirle sus maniobras, entregado él solo á su propio genio y á su iniciativa, sabía desbaratar los frentes enemigos, deteniendo las columnas de ataque, ó cargando sobre los flancos realistas en el instante más adecuado para destrozarlos.

¡Cuántas veces Albino, rodeado de sus mejores colegas, determinaba la victoria en los fulminantes asaltos que daba sobre los convoyes realistas!

Sabía desbaratar, ayudado por quince ó veinte charros de un temple semejante al suyo, las secciones enemigas, por fuertes que fueran, abrumándolas, por el relampagueante ímpetu de sus embestidas, lazando sus cañones, sostenidos como siempre por las turbas de indios honderos, que con sus tempestades de piedras solían apoyar con éxito tan audaces empresas.

Los guerrilleros se dispersaban en seguida para ir á rehacerse á retaguardia, aprovechando los incidentes del terreno, aparentando absoluta retirada, dando tiempo á que entraran en el combate las columnas de peones insurgentes, los que eran sostenidos á su turno por los mismos bravos jinetes que parecían multiplicarse prodigiosamente.

Porque todas estas guerrillas que tanto molestaron á las tropas de los jefes realistas, operaban ayudadas y sostenidas por infinidad de peones indios reclutados entre las montañas ó aislados valles de las sierras, indios que constituían apretados valladares que se tendían ante la elástica y bélica impulsión del jefe.

Estos charros, de indómito valor personal, contuvieron muchas veces los excesos de los triunfantes dragones enemigos, y en otras ocasiones, gracias á la agilidad de sus pequeños caballos amaestrados por sus mismos amos para el combate á lanza ó machete, lograban con sus reatas, maravillosamente y con gran tino tendidas y arrojadas sobre el enemigo, las más espléndidas victorias... ¡En verdad que hacían prodigios! Cuando una guerrilla comprendía por qué rumbo iba á ser atacada, y se decidía á resistir para cansar y burlar á sus

enemigos, conforme á su legitima táctica, — resguardaba ante todo su línea de retirada con instintivo ingenio, ponía en salvo los pocos bagajes ó tesoros... y los más aguerridos *charros* presentaban sus reatas, dispersos en extensa herradura, tras la infantería, machetes y lanzas. Ocúltanse entre los infantes esperando la orden de acometer... Cargaban los contrarios; volaban las piedras de los honderos indios que los acompañaban como los antiguos peones de las mesnadas á sus caballeros; oíanse las descargas de los fusiles y los gritos de guerra de los combatientes... y al estar los asaltantes á tiro de pistola, rápidos se lanzaban los guerrilleros en sus soberbios y sabios caballos, con la reata revoleadora lazaban hombres, caballos, y cañones enemigos, mientras los más adictos hombres de los lazadores, les cuidaban el cuerpo y les llevaban la lanza y el repuesto de reatas y armas.

¡ La reata mexicana !... ¡ Cuántos triunfos parciales, cuántas victorias inesperadas en detalle, ha logrado la gallarda y épica *reata* nacional !

Fué su lazo, en aquellas épocas en que los insurgentes combatían sin verdaderas armas de batalla, tan poderoso y temible en manos de guerrilleros, hijos de los campos, amantes de la vida hermosa, soberana y libre de selvas y montes, persiguiendo y domando toros irsutos y bravíos potros, fué, decimos el pánico de los realistas y la venganza justa y sangrienta de los insurgentes.

Albino García apareció en el Bajío, animado por el eco del grito de Independencia y sin arredrarse por las derrotas de la causa, mientras Rayón organiza tropas y opera en Michoacán, el caudillo del valor y la audacia se bate á su modo, hostilizando las columnas rea-

listas que le persiguen, azuzadas por la cólera de Calleja y del tigre Cruz.

García, con un puñado de valientes, toma un pueblo, un rancho ó una hacienda; se hace de víveres y de gente que sabe que es de los suyos... evita al enemigo superior... lo burla cayendo de improviso sobre él en sus campamentos; da batalla á las partidas adversarias pequeñas, las envuelve con sus lazadores, las aniquila con sus lanceros, y les toma armas y bagajes.

Para atacar, combinaba una sección de charros, en orden disperso, unidos con sus reatas extendidas, — sólidamente sujetas á *cabeza de silla* — á todo escape se desplegaban tirando las cuerdas que arrollaban el frente enemigo... si no lo lograban, rompían las reatas, dispersándose los charros á derecha é izquierda, para ir á rehacerse á retaguardia, mientras otra segunda línea de jinetes seguía la misma audaz operación hasta que los de los machetes y hondas aplastaban á los enemigos que no habían huído, si es que tenía éxito la aventura... que si no... todos en aparente desorden, pero en absoluto concierto, huían veloces por diferentes rumbos, para encontrarse días ú horas después, según cita previa, en cualquier punto escondido entre las sierras, en cualquier madriguera oculta en los boscajes, en el fondo de espesísimas nopaleras ó en las quiebras de espantosas barrancas.

Ocioso, verdaderamente inútil sería mencionar los encuentros que tuvo este famoso guerrillero con las partidas de Calleja, Cruz, Trujillo, Porlier y García Conde, y es más, advertimos que casi siempre era derrotado. ¡ Que caros costaban á sus enemigos los triunfos !

Esto entraba muchas veces en su plan. Se dispersaba en un punto... se le creía aniquilado; y mientras sus

perseguidores descansaban ó batían otra guerrilla, reaparecía, desolador y sarcástico, por otros pueblos donde se fortificaba, atrayendo fuerzas respetables... parecía que iba á resistirlas... y de pronto se les escapaba de las manos. Con esta táctica daba más que hacer á sus enemigos que toda una División.

Sobre el Valle de Santiago, cerca de Salamanca, internándose por la Sierra de Guanajuato, dando la mano á los cabecillas de otras partidas, ya por Guadalajara, ya por Valladolid, Albino García es un meléoro, incomprendible, desesperante y magnífico. Parece tener cien vidas... Está en todas partes y no se le encuentra en ninguna.

Suele unirse, durante esa campaña al estilo árabe — tan fructuosa en estas guerras nacionales — con otros caudillos, que como el *Huacal* no le van en zaga en punto á habilidad y donosura para escarmentar á sus enemigos... pero á tanto llega la actividad guerrera, que tras de audacisimas empresas sobre los pueblos de Occidente en la costa del Pacífico, teniendo que retroceder á sus escondrijos, atravesando feraces regiones, perseguido de cerca por furiosas y nutridas tropas realistas, abate las anchas y sólidas compuertas de las presas mejores que encuentra, inundando las comarcas; mientras sus peones indios de Colotlán abren zanjones en los caminos para que obstruyan los trenes y piezas de artillería de los perseguidores.

Por sobre todas estas escaramuzas que exterminan y suelen aniquilar los mejores ejércitos, por sobre todas estas sangrientas peripecias y aislados lances épicos en el centro y Norte de lo que es hoy nuestra patria, continuaba la implacable cólera devastadora de Venegas, Calleja, Cruz, Porlier, Torre, Álvarez y más tarde Itur-

bide y tantos otros que asolaban el país, contribuyendo á avivar el fuego de la cólera del pueblo animado por su libertad á desafiar la muerte en las filas insurgentes.

Y, cosa admirable, mientras más victorias alcanzaban las armas realistas, cuando llovían sobre la capital del virreinato los partes de triunfos y hecatombes en aquel año de 1811; Calleja, espíritu sagaz y sombrío, taciturno y penetrante, político y militar consumado, escribía al mismo Virrey: *Aun está muy lejana la época de tranquilidad para este reino.*

¿ Puede llamarse campaña, propiamente hablando, á la serie, mejor dicho, al conjunto de lances, puntas, escaramuzas, fugas, merodeos, choques, encuentros, sorpresas y alborotos, saqueos, incendios, crímenes, venganzas, sublimidades y abominaciones, puede llamarse campaña á este caos, á esta hervorosa faz de la guerra de Independencia?

¡ Creemos que sí... y terrible campaña!

Técnicamente hablando, en el bando insurgente no hubo operaciones militares coordinadas, no hubo plan, ni objetivo determinado, ni jefe único, y sin embargo todo este cúmulo de incidentes, todos estos patriotismos y audacias que se sublevaron por todas partes y cada una por su rumbo y, sobre todo, toda esa sangre mexicana derramada porque una noche sonara un grito que hizo repercutir á los ecos de las montañas y de las llanuras de la patria la palabra « Independencia »... todo eso valió más que una gran campaña de sitios, fortalezas y grandes batallas campales, donde se destrozaron enormes ejércitos.

*
**

Otros de los jefes guerrilleros notables fueron los Villagranes que desolaron, en sus terribles correrías, los campos que se extienden en torno de San Juan del Río, por los territorios que hoy forman parte de los Estados de Hidalgo, Querétaro y México.

Estos Villagranes, de funesta memoria, lo mismo que una infinidad de aventureros que pulularon por Michoacán y Nueva Galicia, ejercieron á la sombra del estandarte libertador, el más atroz bandidaje, robando en todas partes, dejando huellas de sangre y fuego en las poblaciones, desprestigiando la causa que profanaban... Esos miserables que surgen siempre en las grandes revoluciones, no logran, no obstante, oscurecer la gloria de los verdaderos caudillos.

Era imposible por entonces saber quiénes se batían por el pillaje y quiénes por la patria... Muchos de ellos fueron, al menos, utilizados como un arma cualquiera, en la urgencia y angustia de las situaciones difíciles... sin que por eso desconocieran los jefes insurgentes, que aquellos hombres de salvaje valor y truhanesca astucia, no eran sino instrumentos de combate que, al fin, tarde ó temprano, habrían de ser aniquilados.



X

EL CAMPAMENTO DE LA SABANA

PRIMERA CAMPAÑA DE MORELOS

1810-1811



D. José María Morelos,

Cura de Carácuaro, Generalísimo encargado del poder ejecutivo,
con el uniforme de Capitán General
con que hizo en Oajaca la jura de la Junta de Zitcauaro.

X

EL CAMPAMENTO DE LA SABANA

PRIMERA CAMPAÑA DE MORELOS.

1810-1811

José María Morelos está ya consagrado por la Historia como el genio militar de la guerra de Independencia.

Aparte de sus maravillosas cualidades cívicas, de alto patriotismo, de grandeza de alma, profunda virtud y acrisolada honradez, bondad ingénita, templanza y excelsos ideales, este hombre extraordinario es todo un gran general, que deja estupefactos á los viejos jefes españoles, con su estrategia desconcertante y su táctica arrolladora.

Morelos es la gloria más pura y más excelsa de nuestra patria, como caudillo de la Independencia, y es el capitán maestro, sabio y audaz, que, rompiendo las antiguas rutinas tácticas de sus enemigos, con su pequeño improvisado ejército, maniobra con una notabilidad y un acierto tal, apareciendo aquí frente á una columna para engañarla y caer por milagro á su retaguardia, dividiéndose, multiplicándose, acom-

tiendo sobre el punto vulnerable del adversario, al que logra desesperar abrumándole con sus vertiginosas combinaciones.

Sólo durante los tempestuosos periodos de sangrientas revoluciones, se admiran hombres como este caudillo, que poco antes de que estallara la insurrección apenas sabía leer y sólo tenía vagas nociones de instrucción general. Sin embargo, escucha el grito de libertad, fulminado por Hidalgo, su maestro, con quien ha hablado sin duda, cuando aquél fué Rector del colegio de San Nicolás en Valladolid; y corre á ponerse bajo sus banderas.

El iniciador de la Independencia lo recibe cuando marcha triunfal hacia la capital del Virreinato y, comprendiendo al instante todo el valor de Morelos, lo hace General y le apoya el proyecto de marchar hacia el Sur para levantar los pueblos de las montañas y apoderarse de Acapulco, puerto del Pacífico de la más vital importancia para la causa libertadora.

Debió adivinar, al punto, Hidalgo el genio de Morelos, cuando le encomendaba semejante empresa, sin darle ni el más pequeño recurso militar.

Desde este instante se abre la etapa de luminosa gloria que corona la vida del cura de Carácuaro; desde este momento principia la extraordinaria epopeya que constituyen como cantos inmortales las campañas del improvisado jefe, que, armado tan sólo con un nombramiento casi verbal, sin un hombre, sin una espada, sin un centavo, va á hacer retemblar las agrias sierras del Sur con el trueno de sus cañones, que llevarán su nombre á las columnas realistas y que, repetidos por los ecos de montaña en montaña hasta el soberbio Ajusco, hará vacilar en su trono al virrey Venegas!

Morelos, después de larga entrevista con Hidalgo en el pueblo de Indaparapeo, vuelve á su curato de Carácuaro situado al Sur del que hoy es Estado de Michoacán, levantando en el camino su voz en pro de la causa de la dignidad nacional, hablando con sus amigos los rancheros, haciendo la cruzada de la libertad.

Vendiendo lo poco que posee, pidiendo prestado por aquí, regalado por allá, decomisando lo que puede de los españoles de las cercanías, logra poner sobre las armas una pequeña pero sólida y brava guerrilla.

Sus primeros veinticinco hombres, escogidos entre los más audaces y decididos campesinos, gente ágil, fuerte, dispuesta á todo y que adoraba á Morelos, le juran morir antes que abandonarlo.

Desde luego descuella en talento organizador, tan necesario en todo jefe, y muy particularmente cuando no se opera en tropas regulares, sino que hay que ir improvisando fuerza, al desechar el pernicioso método de Hidalgo, quien aceptaba en sus gentes á cuantos querían, con armas ó sin ellas, débiles ó fuertes, valientes ó cobardes. Él, por el contrario, vió que ese sistema era fatal, pues aumentaba las cargas, los estorbos y las bocas inútiles. Las chusmas desarmadas de Hidalgo ocasionaron en los combates más desastres que las balas realistas.... Aquéllas llevaban el pánico á la hora de la retirada, que se convertía en derrota, y todo se perdía; y si se obtenía el triunfo, todo el botín era arrebatado por aquella plebe desorganizada, sin jefes, sin dirección, ni conciencia.

Morelos seleccionó cautelosamente, para no cargarse de un personal que excediera á su armamento y recursos.

Quiso ante todo que el núcleo veterano de sus

futuras tropas estuviese, en lo posible, instruido y disciplinado para ejemplo de los que se le fueran agregando... Así que, con pequeña pero sólida y ágil partida, dotada de la suficiente elasticidad para huir el cuerpo á pesadas masas perseguidoras, unos cuantos caballos y escaso parque, sale Morelos de Carácuaro, decidido á excursionar en el Sur, pasando el río de las Balsas, después de obtener aumento de recursos en el pueblo de Churumuco.

Se internó luego en los montes de Yanhuitlan, donde fué aumentando paulatinamente su guerrilla, y procediendo como cualquier veterano jefe, destacó hacia la próxima costa del Pacífico, hombres de su confianza, como espías y exploradores al propio tiempo que emisarios. Reconocido el terreno avanzó resueltamente hacia el S. E. rumbo á Zacatula, donde entró sin resistencia aumentando sus elementos y armas, más cincuenta hombres. Continúa su marcha, amagando Acapulco, siguiendo las asperezas de la costa, y llega á Petatitlan donde su fuerza alcanza ya á doscientos hombres regularmente armados. Hasta entonces, sólo en tiroteos aislados, entre el monte, en reconocimientos y caza, había sido gastada la pólvora.

Mas ya se acercaba á Tecpan, población de alta importancia, y el comandante de Acapulco sabía la marcha amenazadora de Morelos y había mandado al jefe realista José Antonio Fuentes, con trescientos hombres de la guarnición, á detenerlo y acabar con su partida. El realista fortifica el paso del río que corre cerca de la población; Morelos reconoce el terreno y carga en dos columnas, una frente á frente y otra flanqueando á Fuentes, quien después de breve resistencia se retira en fuga.... Durante el paso del río, Morelos

excitaba á los soldados momentáneamente enemigos, á volverse á su bando *que es el de la patria, el de la Independencia de los americanos*. Muchos de ellos, durante la fuga, retrocedieron y se presentaron al vencedor con sus armas y las que habían arrojado sus compañeros.

Puede considerarse éste el primer triunfo de Morelos, pues se hizo de armas enemigas, municiones, equipo y gente instruida en ejercicios militares, amén de que tuvo conocimiento exacto de la situación de Acapulco.

Pero el suceso más feliz durante esta atrevida marcha, ejecutada por un carácter perseverante y audaz, fué la adquisición del valiente suriano Hermenegildo Galeana, propietario de la hacienda de San José, lo mismo que sus hermanos Juan y Fermín, quienes se pronunciaron inmediatamente por la nueva idea libertadora manifestando el mayor patriotismo y desinterés.

En su hacienda acampa el caudillo á principios de Noviembre de 1810 y aumenta sus pertrechos de guerra, con caballos, setecientos hombres y hasta artillería, — tres cañones; había también en la finca un pequeño y sólido cañón que se llamó « el Niño » que servía en las fiestas religiosas para arrojar los llamados *cohetes de cámaras*; ese cañoncito iba á beber muy pronto mucha sangre realista! ;Era el más pequeño pero el más sólido y certero!

Morelos ocupa Tecpan, fortificándose al punto, expidiendo proclamas al pueblo y engrosando más y más su ejército, armamento y equipo, hasta contar con dos mil hombres listos para entrar en combate.

Combina y madura el plan de asedio de Acapulco! Ordenó que uno de sus tenientes, Valdovinos, se apoderara del cerro del Veladero, altura que domina á lo lejos el puerto y que es de gran importancia por

poderse ligar con otros puntos que lo rodean formando un valle denominado « La Sabana ». Setecientos insurgentes atacaron á los cuatrocientos realistas que se hallaban al pie del cerro, salidos de Acapulco, y tras corta refriega, aquél quedó por los primeros.

La victoria dominante exaltó á los independentes, á los que Morelos fraccionó en los puntos de las Cruces, el Marqués, San Marcos, y Aguacatillo, cerrando á la ciudad toda comunicación, por tierra, con el resto del entonces extenso reino de Nueva España. ¡Nunca hubieran creído semejante audacia en un desconocido cura, los jefes realistas, en su orgullo secular!

El caudillo dentro del vasto campamento realiza portentosa actividad; cuida de las obras de defensa en que emplea millares de indios y peones, inventando fosos y trincheras, trampas y engaños que se construyen rápidamente; instruye y ejercita á sus tropas, vistiéndolas con manta ó paño que toma en los caminos á las recuas; perfecciona el armamento existente é improvisa otro, acumula provisiones de boca y guerra, reponiendo las que se agotan día á día; redacta proclamas á pueblos lejanos, escribe á los hacendados mexicanos ó á los mayordomos y empleados de los españoles, conjurándolos á reunirse con gente brava, armas, municiones, dinero y cuanto elemento puedan obtener por todos los medios posibles... En fin, todo un formidable trabajo de organización política, administrativa y particular militar, ejecuta, en tanto que sus fuerzas rechazan las acometidas de los realistas de la guarnición ó del exterior, al mando de los jefes enemigos Fuentes, Cosío, Recacho y otros, librándose constantes combates.

Tiempo era ya de que estuviese listo para una acción

más decisiva contra aquéllos, pues el comandante Paris avanzaba hacia su campo con mil quinientos hombres de la Brigada de Oaxaca á la que se le unen los que manda Sánchez Pareja, vencedor de guerrillas en Michoacán, así como otros capitanes vencidos en el primer combate del Veladero.

El 8 de Diciembre, Paris ataca el campo atrincherado de la Sabana y, tras una lucha de un día, se retira.

Vuelve luego, cinco días después, á la carga, disponiendo sus dos mil hombres en tres columnas, protegidas en las alas y á retaguardia por caballería y cien hombres de Acapulco, y llevando á su frente dos cañones, que preparan el asalto para abrir brecha. Con todo brío avanzan sus tropas sobre el Veladero; van trepando por las escabrosidades y obstáculos, y cuando están á tiro de *El Niño*, vacilan, pues el mismo Morelos lo maneja con siniestra precisión desde lo alto del punto... No obstante, toman el aire de carga los asaltantes, cayendo en las *trampas* y sufriendo espantosa lluvia de piedras de honda, — muchas mortales ó que imposibilitan por el momento. — Luego truena la fusilería... los caballos de los dragones desamparan las columnas, por los cohetes de gancho que les arrojan los indios... Los realistas caen á los fosos... gritan vivas y muera terribles los insurgentes... Truena la voz de Morelos desde lejos, animando á seguir el fuego sin desperdiciar un tiro ó dando órdenes á los puestos lejanos... Hay admirable precisión en la defensa... y el comandante Paris, comprendiendo que es inútil proseguir á fondo el ataque, se retira en buen orden hacia Tres Palos donde acampa, fortificándose, dejando muchos cadáveres y prisioneros.

Semejante triunfo en Morelos, dejó consternados á sus enemigos y le valió nuevas simpatías y adhesiones en el Sur.

Sin embargo, su situación en el Veladero era crítica, pues se encontraba sitiado por las fuerzas de la guarnición de Acapulco y por las del comandante Paris, que espera refuerzos nuevos de Michoacán, Oaxaca y la Costa, cortándole mientras tanto sus comunicaciones.

Para salir de aquel cerco de hierro, Morelos acudió á miles de astucias, haciendo espiar el campo realista, del que tuvo exacta descripción; y una noche, con todo sigilo, se aproximó á él, cayendo de súbito sobre los centinelas y avanzadas, y luego, cargando sobre las tropas que dormían, consumó la sorpresa... Hubo un desorden espantoso, y el jefe adversario, que también dormía entre las sombras, huyó con unos cuantos fieles, abandonando el campamento.

Tan audaz y afortunado golpe de mano dió á Morelos ochocientos prisioneros, setecientos fusiles, cinco cañones, veinticinco cajones de parque, centenares de cargas con provisiones, equipo y algunos caballos, amén del prestigio que aumentó el entusiasmo por su genio militar.

Con semejantes refuerzos y otros que fué adquiriendo en aquellos días; y por otra parte, urgido por la aproximación de fuerzas más competentes, trató de apoderarse de Acapulco á la mayor brevedad, tomando el Castillo.

En esta empresa le cegó su buena estrella y sobre todo la facilidad relativa de sus primeros triunfos... ¡era preciso que un desastre le enseñara á ser menos confiado y á contener sus ímpetus!...

Habiendo ligádose en tratos con un español artillero

del castillo, — un tal Gago — se convino en que éste, — que estaría de guardia durante la noche del 8 de Febrero, — prepararía todo lo conducente á hacerle entrar con sus fuerzas, inutilizando de antemano la pólvora y parque realista, advirtiéndole con una señal en lo alto de la fortaleza, de que *era la hora*.

Morelos hace sus preparativos; forma sus tropas á las que advierte que van á entrar como en su casa; y avanza con ellas hacia el cerro de la Iguana, envuelto en las sombras... todo parece que va bien cuando no encuentra avanzadas ni centinelas que den la *alarma*... pasan por entre estrecho encajonamiento de lomas y se acercan hacia la bahía, frente al castillo silencioso irguiéndose en lo alto de la eminencia. Allí esperan. Momentos después brilla en un baluarte del sombrío edificio una llamarada rojiza: ¡ es la señal!.. En orden marchan los insurgentes, ya con toda confianza, hacia la posición que continúa sumergida en las tinieblas y el más profundo silencio... cuando, de súbito, toda la noche se ilumina como por un relámpago inmenso... ¡ el fuerte se corona de rayos; las embarcaciones vomitan fuego y un desgranamiento de descargas retumba en todos los ámbitos, fulminando en masa á los confiados insurgentes que contestan con gritos de pánico! Siguese otra descarga lanzada por las siete embarcaciones y el Castillo, — y ruedan montones de cadáveres, aclarando las filas que al punto se rompen!...

Imposible era contestar, defenderse; estaban á merced de sus enemigos!..; Fué uno de esos instantes de pánico que todos los soldados del mundo conocen y en que nada pueden la disciplina, ni los jefes, ni la misma conveniencia!..; Plena dispersión!

En esos conflictos, el hombre ante el peligro cede el puesto á la bestia desbozalada que echa á correr locamente y, lo que es peor, comunica á los otros su brutal transformación...

Los insurgentes en aquella celada mortífera se desbandaron al instante en las tinieblas, sin saber dónde dirigirse!

Sólo hubo un hombre que no se desmoralizó, que, por el contrario, adivinando que aquella fuga desatentada era peor mil veces que recibir á pie firme las descargas, y conociendo que el mal podía disminuirse en una retirada en orden, corre más ligero que todos, y va á tirarse en el suelo, en el estrecho espacio por donde desembocaron primero, obstruyendo el paso con su cuerpo, gritando con toda su estentórea voz :

— ¡ No corran, no corran ! ¡ Los cobardes, que pasen sobre mí ! ¡ Soy su general !

Entonces se detienen ante el cuerpo de su jefe, quien, aprovechando ese respiro, los forma en cuadro; llama, gritando, á los demás, y constituye un pelotón que hace fuego sobre una masa de realistas que á la carga se precipitaba, no creyendo encontrar resistencia.

Los cadáveres enemigos ruedan á su vez... Esto da ánimo á los insurgentes, y contienen á los realistas, que retroceden un instante... Hay confusión, griterío y pánico por ambas partes, entre las sombras.

— ¿ Ven, muchachos ?.. ¡ Ahora ellos son los que corren !... ¡ Á sus puestos ! ¡ Á sus puestos ! — y Morelos continúa alentando las tropas con un gran heroísmo.

Y al fin, el héroe, con los más serenos y valientes, cubre la retirada en orden hasta que retroceden todos hacia su primera posición *de la Iguana*.

Semejante rota le hizo reflexionar con más calma, conteniendo su natural ardor agresivo y considerando que era imposible apoderarse de una plaza como Acapulco, cuyo castillo estuvo luego batiendo con un obús y tres cañones, y, falto de artillería mejor, y temiendo las fuerzas que le sitiarian pronto, inmovilizándole, dejó á Julián Ávila, y á los Galeana en la Sabana, mientras él, enfermo, se retiraba á Tecpan.

El jefe realista Cosío, que venia por la Costa en auxilio de Acapulco, hostilizó las posiciones insurgentes sin poder ocuparlas, librándose combates parciales y escaramuzas entre la Sierra, entre las guerrillas insurgentes que expedicionaban en demanda de víveres, y los realistas, hasta que habiendo recuperado Morelos su salud volvió á dar calor á la contienda.

Resuelve entonces, sin abandonar sus posiciones de la Sabana y el Veladero, dirigirse al corazón de las montañas, hacia Chilpancingo y Tixtla, para dominar las Sierras, — enormes fortificaciones inexpugnables, castillos de águilas, de donde éstas saldrán á la guerra de la libertad, desparramándose por los vastos horizontes de la patria !

Deja en el Veladero á su fiel Ávila con buena parte de las fuerzas más antiguas, algunas provisiones y valientes compañeros, á quienes ordena exploren la costa y el Norte en pequeñas correrías, girando en torno de su posición para no comprometerse, y él, con *el Niño* y trescientos hombres, se interna, audaz, por entre abismos y colosales despeñaderos, entre tortuosas y profundas barrancas, bajo las eternas selvas surianas...



XI

CHILPANCINGO, TIXTLA Y CHILAPA

PRIMERAS CAMPAÑAS DE MORELOS.

Á mediados de 1811 toda la parte central de la Nueva España se estremece palpitando trágicamente por la intensa fiebre de la insurrección libertadora.

El fuego se ha propagado de nuevo, y por el Norte se extiende con crisis diversas y vivas hacia los desiertos de Texas, por cuyas vastas soledades galopan bandas insurgentes, en tanto que en el Oriente hacen sus correrías guerrillas audaces que se dispersan en los montes y atraviesan los llanos de Apam para concentrarse repentinamente y caer sobre el camino de Veracruz y la capital, arrebatando los convoyes de dinero o víveres, ó para acometer, en audacísimos golpes de mano, los alrededores de Tlaxcala y Puebla. Por el Oeste, entre el Pacífico y Guadalupe, pululan los temerarios cabecillas que desafían las ferocidades de Cruz y levantan las tribus de indios de las escuetas serranías; al par que en el mismo centro, en el mismo Bajío surgen á millares los *rancheros* que se unen al

indómito y fabuloso Albino García, pidiendo venganza contra las inhumanidades tremendas de Calleja y Trujillo, quienes arrasan y abaten todo cuanto alienta, á sangre y fuego. — ¡Gritos de represalias y hecatombes, tras de carnicerías, fusilamientos en masa, incendios de villas enteras, son las venganzas con que responden los realistas á los saqueos de los insurgentes, contestando éstos con atrocidades semejantes!... ¡nada queda en pie, en pueblos ó haciendas, que pueda valer algo!... se incendian las sementeras, los pastos, las trojes; y dentro, los mismos ganados de hombres y animales, cuando no hay tiempo de aprovecharlos y el enemigo se aproxima... ¡No hay misericordia en ningún bando! Los realistas desde que iniciaron sus crueldades, cerraron el broche de la caballería en la lucha, y era preciso que el exterminio imperase. Hacia el Austro se alzaban imponentes y majestuosos, solemnes, dos grandes focos de insurrección, con dos caudillos terribles y temidos... la fuerte Zitácuaro con el sereno y justo Rayón. — El jefe estratégico y organizador que supo á tiempo salvar los caudales en el desastre de Calderón, conduciéndolos de etapa en etapa, á través del caos primitivo de las insurgentes hordas, hasta el lejano Saltillo, — el heroico espartano, que, cuando se aleja el jefe sabe asumir la responsabilidad del peligroso mando y emprende hacia el Sur su épica retirada á Zacatecas; — sí, este admirable Rayón en Zitácuaro y el ya asombroso Morelos en Chilpancingo y Tixtla, en un país erizado y selvático, fieramente protegido por sus laberintos titánicos, son los focos potentes de la gran Insurrección.

Morelos, desde Carácuaro á la Sabana, asombra por su audacia, la precisión de sus cálculos en el itinerario

que se fija, entre montañas y ríos, costeano el Pacífico, saliendo con veinticinco hombres de Carácuaro y llegando á la Sabana con dos mil caballos, cañones, parque y víveres. Después, pasma en sus campos atrincherados de la Sabana y el Veladero organizando, fortaleciendo su ejército, acopiándole municiones y víveres, dirigiendo expediciones en demanda de pertrechos, y lanzando briosas puntas á caza de caballos y de gente enemiga que le suministre datos y relaciones, desplegando singular astucia y nunca desmentido acierto y valor.

Luego maravilla al resistir á Paris y á sus mil quinientos infantes y cuatrocientos caballos, rechazándole para sorprenderle de golpe una noche en que hace suya la división realista.

El Virrey Venegas comprende que tiene un enemigo verdaderamente terrible, rápido, vivísimo y fiero en aquel increíble ex-cura, y expide órdenes apremiantes á los jefes de Michoacán, el Pacífico y Oaxaca para que lo cerquen, lo reduzcan y aniquilen, conteniendo su influencia en el Sur.

En estas circunstancias, después del fracaso de la proyectada ocupación de Acapulco, Morelos emprende nueva campaña para dominar desde los centros de las inmensas sierras, toda la zona que se extiende hacia la feraz y riquísima Oaxaca, cuyas regiones magníficas no han oído aún el grito de guerra de los caudillos nacionales.

El plan es vasto y terrible: marchar por el camino más corto á Chilpancingo, tomando elementos y campeones en los briosos poblachos surianos, hijos de las montañas, propicias siempre para todos los heroísmos que combaten por la libertad; guarnecerse en Tixtla;

fortificar Chilapa, seguir hasta Tlapa y tender redes insurgentes de los centros poblados á las cimas, extendiéndose hasta aislar Acapulco por tierra y dueño de todo el Sur hasta las costas del Pacífico, defendido por el impetuoso y hondo Mexcala de altos ribazos abruptos, aproximarse hacia Oaxaca y Puebla, donde asentará el pie marcial, apoyado por sus colegas de las playas del Golfo... Para entonces Rayón y los jefes de la insurrección en el Norte, estarán ya dispuestos á operar sobre la capital del Virreinato.

¡ Y semejante empresa que habría de ser llevada á término en gran parte, la pensó acometer el paladín saliendo de la Sabana con trescientos hombres, unos cuantos caballos, tres cañones — más El Niño, — dejando guarniciones pequeñas en todos los pueblos de importancia que rodean Acapulco, *guarniciones volantes* — valga la frase al hablar de esta heroica guerra irregular — dispuestas á no resistir y sí á acometer, elásticas y nerviosas.

Perseguido tenazmente por las tropas realistas salidas de Oaxaca y Acapulco, aviva sus marchas, rodea cordones de barrancos y cerros, por laderas peligrosas, y bien pronto se encuentra fuera del alcance de sus perseguidores, gracias al vigor y á la fe de su gente, dura para la fatiga, tenaz para la lucha, inquebrantable ante el hambre y aun á veces también ante la sed!

En esas desoladoras marchas por las cuestas escarpadísimas y pedregosas, en el bochorno infernal de las tremendas siestas, batidos por ráfagas candentes y enjambres de fúnebres insectos, sufriendo el hálito siniestro de las florestales en fermentación, Morelos, aunque enfermo, tranquilo y bondadoso, animaba como buen general á su tropa, y más de una vez en

el curso de esta y otras campañas se repitió el rasgo que refiere Plutarco acerca de Alejandro : cuando todos sufrían la sed, una buena mujer que llevaba una jicara con agua para su hombre, la ofreció al general.

— No — contestóle — bébela tú... ¿ cómo voy á beber solo si mis muchachos se mueren de sed también? *Que vean cómo la resisto como ellos.*

Tales incidentes se realizaban con toda naturalidad, sin teatralerías, ni ademanos estudiados; así era que se adueñaba de su tropa haciéndola cada día más y más adicta á su persona y á la causa que sintetizaba.

Y, como estos detalles que referimos porque dan relieve á esta magna figura de nuestra patria historia, hay muchos que agrandan la gloria de sus campañas.

Reposa en la hacienda de la Brea, acampando en buen orden, dispuesto á resistir fuerzas que teme le alcancen por cualquier rumbo, y destaca á Hermenegildo Galeana, su brazo derecho, como decía, á solicitar ó tomar viveres en las próximas haciendas, entre ellas la de Chichihualco — rica y extensa — perteneciente á los hermanos Leonardo, Miguel, Máximo y Víctor Bravo, debiendo nombrarse también á Nicolás, hijo del primero. Estos hacendados, muy queridos por todos los montañeses de aquellas regiones, hijos de la naturaleza bravía y de raza de valientes abuelos, desobedecieron las órdenes de las autoridades realistas para armarse contra la insurgencia.

Se armaron; pero para combatir á los amos seculares, y temiendo la tenaz persecución que se les hizo, fueron á ocultarse entre los barrancos, en la cueva de Chóchapa. Galeana conferencia con los Bravo, y al instante éstos se alistan en las filas insurgentes y ponen á disposición de aquel jefe gran cantidad de viveres,

en tanto que se improvisan armas para los servidores de la hacienda, quienes habían de ser soldados de Morelos.

Galeana es sorprendido en el río que pasa por aquel paraje, entre dos cerros, por setecientos realistas al mando del capitán Garrote, que perseguía á los Bravo... los independientes se bañaban y otros dormían; los centinelas fueron burlados... Hubo pánico y confusión... pero la energía y la audacia heroica cambian un principio de desastre en victoria. — Los hermanos Bravo se lanzan casi solos al centro de la columna que hace fuego... Este acto de valor arrebató á un grupo de desnudos insurgentes que cargan sobre el flanco enemigo lanzando gritos de triunfo... vuelve el ánimo á los que huían; Galeana ataca á su vez de nuevo, y el jefe realista huye desconcertado, dejando en el campo, en las márgenes del río y entre los matorrales de las laderas, doscientos fusiles, equipo, cajas de parque y cargas de víveres, muertos y heridos y cerca de cien prisioneros, gente fatigada y que combatía sin ardor por una causa que le repugnaba, pues todos eran americanos. Garrote con las reliquias de su expedición fué á guarnecerse á Tixtla.

Habiendo recibido Morelos los refuerzos de Bravo, sus víveres, sus armas y setecientos hombres, más los fusiles, parque y gente resultante del triunfo de Galeana, avanzó entre el júbilo de su ya potente partida hasta Chilpancingo donde entró sin resistencia alguna, bien al contrario, aclamado por el pueblo, el 24 de Mayo de 1811.

Mas no se resolvió á descansar; sabía por intuición los axiomas del arte de la guerra, y no quiso desaprovechar un triunfo semejante, de suerte que deseando

aniquilar á Garrote antes de que se rehiciera y tuviese tiempo de fortificarse, siguió hacia esa ciudad ágilmente, sin descansar, tomando por veredas imposibles, hasta sorprender á los realistas, quienes se defendieron con la mayor desesperación, hasta que por fin tuvieron que abandonar la orilla, dejando seiscientos prisioneros, igual número de fusiles, ocho cañones y gran cantidad de parque y víveres.

Los triunfos más soberbios seguían coronando las ardorosas empresas de Morelos... sus soldados principiaron no sólo á serle leales y respetuosos, sino adictos de corazón al grado de admirarle y quererle con fanatismo.

Porque comprendían ya el mérito de lo que al principio los abrumaba... la rapidez de sus marchas... la constante vigilancia y los flanqueos y dispersiones por entre las montañas... para de súbito verse reunidos todos sobre un punto dado, como pasó en Tixtla en que cayeron simultáneamente varias partidas sobre la población, desconcertando al jefe realista y á los suyos.

Innumerables recursos para la campaña obtuvo el caudillo insurgente después de los éxitos de Chilpancingo y Tixtla, no desaprovechándolos por supuesto, sino dando pábulo á su actividad para perseguir su plan estratégico.

El Virrey indignado de que Morelos viviese aún y de que triunfara siempre, festina á las tropas de Fuentes en Acapulco para que, dejando para más tarde la toma del Veladero, donde se sostienen Ávila y los suyos, vaya á hacer polvo á Morelos alcanzándolo en Chilpancingo. Fuentes pertrecha sus compañías, — cerca de mil quinientos hombres — y ayudado en el mando por

el oidor Recacho, arrastrando á su retaguardia voluminosos bagajes, lentamente dirigese hacia el núcleo donde el triunfal caudillo es venerado como un buen genio salvador de aquellas sierras formidables. Por el camino Fuentes y Recacho no reciben sino los ecos de las victorias del adversario; y en espera de más refuerzos se acantonan en Chilapa á cuatro leguas de Tixtla.

Hábil Morelos deja en esta ciudad á Galeana y Nicolás Bravo, bien defendidos por obras de ingeniosas trincheras y dobles fosos, en tanto que marcha á Chilpancingo para atraer al enemigo por una parte, mientras se le incita por otra, meditando destrozarlo sucesivamente entre ambos cuando se divide, atacándolo por la retaguardia. Tal parece haber sido su plan, el que por otra parte se avenía con los trabajos de organización política y administrativa que ejecutaba este jefe en Chilpancingo, donde combinaba sus operaciones con Rayón, en Zitácuaro; con Muñiz, más cerca de él, y con otros jefes, cabecillas y corresponsales de diversas ciudades, aun de la misma capital, avivando la intensidad de la guerra desde aquel nido de águila encaramado en las escarpaduras serranas.

Por fin, el 15 de Agosto verificanse grandes fiestas religiosas en Chilpancingo, con feria en pequeño, corridas de toros, peleas de gallos y otros divertimientos que atraían allí las poblaciones de los alrededores; los soldados de la guarnición de Tixtla, — surianos legítimos — escapan á solazarse en Chilpancingo, dejando escaso número en aquella otra villa... Sábelo desde Chilapa el realista Fuentes y tratando de sorprender Tixtla desguarnecida, acomete contra ella... pero el vivo Galeana le sale al encuentro, le resiste tras las trincheras ayudado por el joven Bravo (Nicolás) que

mostró un ánimo admirable, y llamó al combate á cuantos pudieron manejar una honda.... Dura fué la refriega de la que tuvo á tiempo noticia Morelos en Chilpancingo desde donde salió con sigilo para descargarse impetuoso al día siguiente, 16 de Agosto, sobre la retaguardia de Fuentes, quien reanudaba el combate sobre Tixtla creyendo tomarla al fin... Al tronar las descargas de las fuerzas de socorro y resonar los repiques alegres de las campanas, los realistas se desbandaron tomando el rumbo de Chilapa hasta cuya villa los persiguió la fresca caballería de Galeana, entrando en esa población al caer la tarde, en un tumulto horrendo, en confusión crítica y salvajes gritos de triunfo....

Y no pudiendo los acosados realistas tener un respiro, ni tomar sus bagajes completos, medrosos de las justas represalias de sus adversarios continuaron su retirada, no dándose por seguros sino en Tlapa...

Á la retaguardia de Galeana siguió el incansable Morelos, que tenía por magnífico sistema perseguir al enemigo después del triunfo, sin respiro, hasta aniquilarlo y quitarle todo, so pena de hacer infructuosa una victoria, lo que equivale muchas veces á no obtenerla.

Torna el general insurgente á Chilapa venciendo la débil resistencia de los realistas que han permanecido ó vuelto por otros caminos, tomando abundante botín, cuatrocientos fusiles, cuatrocientos prisioneros, cajones de parque, cargas de víveres y ocho cañones, no sin que se apodere de pliegos de interés vital para la campaña.

Tamaño golpe á las tropas realistas tuvo el efecto de un rayo en México, donde el virrey lo supo por dos dragones del Regimiento de Querétaro que pudieron llegar salvos tras penosa fuga entre los montes.